

GUIÓN LITERARIO



PUBLICACION DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE EDUCACION

Año VI — N° 63

Marzo 1961

San Salvador, El Salvador, C. A.

El Salvador en España

“María Cenicienta o La Otra Cara del Sueño”

Por Ricardo DOMENECH

En nuestra mesa de trabajo, un montón de libros. Todos ellos nos esperan impacientes, aunque no lo den a entender. Los revisamos con ojo escudriñador. ¿Cuál elegimos? Escojamos, por ejemplo, éste. Es un pequeño librito, en cuya portada vemos un evocador dibujo de máscaras negras, sobre un fondo de figuras geométricas, rojas y blancas. El libro está editado, en la “Colección Teatro”, por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador. El autor de este librito es Juan Guzmán Cruchaga, chileno. Su título, *María Cenicienta o La Otra Cara del Sueño*.

Abrimos sus primeras páginas, y nos enteramos de que el autor de la portada es Carlos Mérida, y de que esta edición, realizada en San Salvador, data de 1959; como quien dice, el otro día. No es, sin embargo, la primera edición. La primera edición se hizo en la Imprenta Chile, de Santiago de Chile, en 1952. La página siguiente nos da cuenta de que *María Cenicienta o La Otra Cara del Sueño* obtuvo en 1951 el Primer Premio de Teatro Nacional de la Universidad de Chile.

Pensamos: algo tiene el agua cuando la bendicen. Algo debe tener este libro —un drama en verso— cuando obtuvo este premio y cuando el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador creyó conveniente reeditarlo ocho años después. Sin embargo, no es sólo este aval lo que



Juan Guzmán Cruchaga

nos incita a anteponer su lectura a la de los otros libros que nos esperan. Nos guiamos también por el olfato, por la intuición. Esta intuición y este olfato pueden fallar. ¿Pueden fallar? Para saberlo no hay sino un camino: penetrar en el libro. ¡Y qué grata andadura ésta de penetrar en un libro que no conocemos! El libro más mediocre que se haya escrito —libro que, por supuesto, no existe— encierra siempre, siempre, algo único y magnífico, como decía Marañón, no hay libros buenos y malos. Hay libros muy buenos, buenos y menos buenos. Todo libro es, por sí mismo, bondad. Y nada más erróneo que aquella creencia de que leyendo se pierde el tiempo. Por el contrario, leyendo se le gana al tiem-

po. Leer es vivir, vivir a un ritmo extraordinario. Leer es aprender; en el peor de los casos es aprender aquello que nunca deberemos escribir nosotros. Leer es, en fin, una excelente aventura.

¿Cuántas veces se habrá dicho esto? Ya sé que muchas. Pero, ¿cuántas veces habrá que repetirlo? Todavía más, muchísimas más.

Hojeamos, como el viajero que busca en un mapa de cálculos aproximados de su ruta, este libro de *María Cenicienta o La Otra Cara del Sueño*, antes de recorrer la ruta de sus páginas. Así, vemos que nos encontramos frente a un poema dramático dividido en cuatro jornadas. Cada jornada tiene un título. He aquí esos títulos: “El cuento”, “El beso”, “La torre” y “El grito”. Debajo del primero leemos:

*Es así como el sueño
se junta al sueño y crece*

y debajo del último:

Alguien cae en el sueño sin salida.

Revisamos también la lista de personajes que van a intervenir en el drama: María Cenicienta, María la Guapa, María la Gorda, el Rey Gerineldo, Buenamuerte, Capitán, Brigadier, Mercader, Hormiga 2ª, el Viento...

Nuestra curiosidad, al rojo vivo, no nos permite un instante más de preparativos morosos. Vamos derechos al libro, nos chapuzamos en él.

Pasa a la pág. 4ª

"María Cenicienta ...

Viene de la 1ª pág.

Cuando doblamos la última página —página 133— comprendemos que ha pasado algún tiempo. La lectura nos había hecho olvidar al tiempo. Desparrramadas sobre nuestra mesa, nos encontramos con unas cuartillas en las que, con notas breves y telegráficas, hemos ido apuntando las sugerencias que nos despertaba la lectura de *María Cenicienta* o *La Otra Cara del Sueño*.

Revisamos esas notas, y se reafirma nuestra convicción de que le hemos dado una buena paliza al tiempo. Ahora, veamos de desentrañar el sentido de estas notas.

* * *

María Cenicienta o *La Otra Cara del Sueño*, obra inspirada en el célebre cuento de Perrault, está concebida de una forma deliberadamente sencilla, candorosamente poética; una forma —por decirlo así— aniñada. Pero no es —entiéndaseme— una obra infantil, aunque, por otra parte, presupongo que un público infantil la escucharía con deleite y la aplaudiría a rabiar. La comedia es sencilla y de fácil digestión. Sin embargo, a través de ella nos vemos incitados a largas y dolorosas reflexiones.

Gira la obra en torno a un concepto básico, ya encerrado en el título y repetido a lo largo y ancho de sus deliciosas páginas. Tal concepto básico no es otro que la ambivalencia de la realidad, y que Juan Guzmán Cruchaga llama "la otra cara del sueño". En efecto, todo en la vida humana es, como el Jano latino, bifronte. La realidad nos dice lo que somos y nosotros le respondemos en lo que queremos ser: he aquí la trama y urdimbre que, entrecruzadas a cada instante, van componiendo el tapiz de nuestra existencia.

Nuestro sueño —es decir, lo que queremos ser— no lo encontramos nunca realizado de una manera tal que llegue evidentemente a satisfacerlos. La insatisfacción humana —o la otra cara del sueño— es lo propio de la condición humana. A este respecto, se me vienen a las mientes aquellos versos de Ercilla, que dicen:

*¿Qué cosa habrá tan dulce en su rosa
que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento...*

Y así es.

A la realidad —nos parece— le hablamos con cifras astronómicas. Y ella, cicatera y mezquina, nos contesta —creemos— con cuentagotas. Pero, ¿por qué no podremos ser todo lo que queremos ser? ¿Acaso, a fuer de desearlo, no lo merecemos ya sobradamente? ¿O es quizá nuestra la culpa, y no de la realidad, pues no sabemos adecuar a ella nuestro sueño? ¿Tendrá la razón Leonardo en aquel su imperativo: "si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedes"? Pero, ¿no la tendrá Unamuno cuando nos enseña que "sólo el que intenta lo absurdo es capaz de conquistar lo imposible"?

Todos tienen razón: Leonardo, Unamuno, la realidad y nuestro sueño. Esa realidad a la que hemos llamado "cicatera y mezquina" es, por el contrario, sabia y espléndida, y si no se nos entrega tan propicia como quisiéramos, debemos darle las gracias. De otra forma, no existiría nuestro sueño, ni nuestra insatisfacción, ni siquiera nosotros mismos. Realidad e insatisfacción, o realidad y sueño —complementándose— dan la pauta a un dinamismo vital, que es el que engendra el progreso humano: el de todos y el de cada uno. Porque progreso quiere decir lucha. Y según vayan nuestros ánimos en el diario combate, nos acogemos al grito unamuniano o al mesurado consejo del buen Leonardo.

Así es. Así debe ser.

Pero en esta lucha, en este combate, en este formidable intento de realizarnos en el mundo, no todo es miel sobre hojuelas. Cuando ocurre que algo no es miel sobre hojuelas —es decir, cuando la vida de uno, uno cualquiera de todos, en un momento cualquiera, se da de bruces frente a la realidad o es aplastada por la otra cara de su sueño—, entonces nace la insatisfacción en su perfil más desesperado. Juan Guzmán Cruchaga ha sabido mostrarnos, tomando pie en una mínima y dulce anécdota —arropado en un vaho de leyenda, henchida de gracia poética— la historia de una insatisfacción hu-

mana desesperada, la historia de una tragedia.

El personaje central, en torno al cual gira la obra toda, es María Cenicienta. Desde un comienzo nos atrae y nos mueve y conmueve su figura triste y su tragedia. Y escuchamos su voz con los cinco sentidos:

*¿La otra cara del sueño?
No digáis que la visteis.
Quienes la vieron ya
no pueden ser felices.
Detrás de toda dicha
nos espera imposible,
puntual, devoradora*

*de jazmines.
Ansia cóncava, otoño
desconsolado y triste,
gusano de la rosa,
hielo de los jardines,
fatiga silenciosa
del agua en las raíces,
carcoma inevitable
de todo lo que existe.
¡Ay! moneda espantosa
de dos caras insignes
en que nos da la vida
su tesoro inasible:
La pequeña alegría
y el dolor que persiste,
la mañana y la noche,
la ternura y el crimen.*

Estos versos escogidos son explícitos en cuanto al tema argumental último de la obra; lo son igualmente en cuanto a su realización. Por semejante caz poético, simplísimo, corre y discurre la acción dramática. Vadeando en todo momento lo preciosista, lo retoricista y, a veces, lo cursi, mas sin caer nunca en tales terrenos, peligro que del principio al fin acechaba a esta comedia, y que el autor ha sabido evitar con gran ingenio y habilidad. Como observación marginal, debemos señalar en la verificación algunas resonancias de musicalidad lorquiana.

María Cenicienta o *La Otra Cara del Sueño* es ejemplo de un tipo de teatro poético que debe hacerse siempre, predominen cualesquiera formas dramáticas sustanciales a época. *María Cenicienta* o *La Otra Cara del Sueño* es una obra que estará a tono siempre: siempre será escuchada y aplaudida con entusiasmo. Y hablando de aplausos, he aquí el nuestro.

(Tomado de la revista *Cuadernos Hispano-americanos*, Madrid, España).